



TALLER 5

LA ESCUELA CATÓLICA: EVANGELIZACIÓN Y LIBERTAD EN EL SIGLO XXI

JUAN CARLOS CORVERA

Presidente de Educatio Servanda - Colegios Juan Pablo II

A) Planteamientos

“La escuela católica: evangelización y libertad en el siglo XXI”

Juan Carlos Corvera Córdoba (Presidente de Educatio Servanda)

Testimonio: Sofía López Romo

“Instrumentos para la nueva evangelización”

María Carbonell (Directora Fundación Diocesana Santos Mártires de Córdoba)

“Testimonio público en el siglo XXI”

Juan Antonio Perteguer (Director Colegio Edith Stein)

Preguntas y participación del público

Presentación de comunicaciones y debate.

Sábado mañana 12,30-14,30h

Comunicaciones:

Pedro Castro: “Libertad de enseñanza y derecho a la educación”

José Luis Fernández Santillana: “La educación, derecho fundamental, derecho a educar y ser educado, ¿por quién?”

Juan A. García Soto: “Nuevos retos de los católicos para la F.P. y educación universitaria”

Javier Peña Vázquez: “El Evangelio, escuela de juventud. El regalo de Dios”

Francisco Rico Pérez: “Soledad del Padre Ayala y Universidad libre”

Ana Sánchez- Sierra Sánchez: “El mito de la educación neutral: imagine no religión”

Participantes mesa redonda:

Mercedes Méndez

Responsable de Pastoral de Escuelas Católicas de Madrid

Juan Ramón de la Serna

Director del Colegio John Henry Newman

José Luis Fernández Santillana

Director de Estudios de Unión Sindical Obrera

Teresa López Montes

Subdirectora Gral. Colegio Juan Pablo II de Alcorcón

Moderadora: Óscar Rivas Pérez

Director de Comunicación de Educatio Servanda

La escuela católica: evangelización y libertad en el S.XXI

“La escuela (católica) necesita una urgente autocrítica si vemos los resultados que deja la pastoral de muchas de ellas, una pastoral concentrada en la instrucción religiosa que a menudo es incapaz de provocar experiencias de fe perdurables”. Son las palabras que el papa Francisco dedica a las instituciones educativas en la Exhortación apostólica *Christus Vivit* tras el sínodo de los Jóvenes.

Aunque sería un buen punto de partida para adentrarnos en el tema que nos reúne hoy aquí, no es objeto de esta breve ponencia analizar las causas que han dado lugar a esta llamada de atención del Papa al conjunto de la escuela católica. cualquier autocrítica rigurosa requeriría de un tiempo que no tenemos. En cualquier caso, procede hacerlo con sosiego, tratando de buscar la verdad, sin autocomplacencia; atendiendo a criterios de justicia y siempre con una mirada caritativa hacia personas e instituciones beneméritas que se han santificado en su entregacentenaria.

Pero estamos aquí, aún en los albores del siglo XXI, para tratar de abrir nuevos horizontes a la escuela católica, para intentar arrojar una luz que le permita afrontar su Misión con valentía, con humildad y, sobre todo, con fe. Pues sin una gran fe no será posible hacerlo. Una fe que debe cimentarse en las palabras del Maestro de maestros: “Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos” (Mt 28,20).

El cardenal Robert Sarah, una de las voces más proféticas en la Iglesia actual, ha puesto de manifiesto en la inauguración de este congreso cuál es “la importancia de la educación en la misión de la Iglesia” recordándonos que “la educación está en el corazón de su misión”, de la misión de la Iglesia.

La escuela subsidiaridad y solidaridad con la familia

Comencemos diciendo una obviedad: La escuela es subsidiaria de la familia, se debe a ella y a ella responde. Juan Pablo II, en su preciosa y poco conocida Declaración de los Derechos de la Familia, escrita el 22 de octubre de 1983 afirma: *“Por el hecho de haber dado la vida a sus hijos, los padres tienen el derecho originario, primario e inalienable de educarlos; por esta razón ellos deben ser reconocidos como los primeros y principales educadores de sus hijos”.* Quizá no es mera casualidad que la celebración litúrgica de este gran santo de la Iglesia, apodado como el Papa de la familia, coincida con el día de esta Declaración de los Derechos de la Familia

Aunque el derecho a la educación de los hijos por parte de sus padres está cada vez más cuestionado, todo el ordenamiento jurídico

nacional e internacional protege y garantiza, por el momento, este derecho. Sin embargo, como recuerda también Monseñor Sarah “esto supone que la familia siga subsistiendo. Hoy en día, por desgracia, está desestructurada, demolida, desmantelada. Con frecuencia, en nuestros días, pide ser reemplazada por la escuela”.

Es cierto. Todos los que vivimos de cerca la enseñanza en distintos centros educativos, ya sean públicos –de titularidad estatal o de titularidad social– o privados, asistimos a la frecuente abdicación de los padres de la educación de sus hijos, delegando en la escuela no sólo el campo de la enseñanza, que les propio, sino muchas veces el más amplio de la educación.

Para comprender en toda su profundidad el desafío particular de la escuela católica en el S.XXI es preciso ser conscientes de la realidad de las familias, no sólo en su contexto social, sino también y como escuela católica, en su vida de fe.

Es aquí, en este ámbito íntimo, donde sólo la escuela católica puede solidarizarse con la familia, aprender a escuchar sus gritos de ayuda, muchas veces silenciosos. Es aquí, donde la sempiterna misión de la escuela católica adquiere hoy tintes dramáticos –de acción– y no sólo estéticos, acciones explícitas y no sólo implícitas.

La escuela esta llamada a asumir, de manera subsidiaria y solidaria, no ya el acompañamiento de los hijos iniciados en la fe por sus padres, sino la evangelización misma de los hijos, el primer anuncio que, de manera creciente, ya no sucede en la seguridad, en la intimidad de su hogar. Este es el lugar, este es el reto fundamental de la escuela católica en la era postcristiana.

La escuela católica del S.XXI o es una escuela evangelizadora o no será. En la lealtad a su Misión, en la fidelidad a su especificidad como católica, está no sólo el hecho incontrovertible de atender a su razón de ser más elemental, sino también el de su propia supervivencia. Una supervivencia ligada irreductiblemente a su misión específica, una misión que en palabras de San Juan Pablo II consiste “*en comunicar a Cristo, ayudar a que se forme Cristo en el corazón de los demás*”¹.

Es hora de superar el concepto de “la educación católica en las escuelas” para encarar con fe y con determinación la noción de la escuela católica como concepto totalizante y totalizador del proceso educativo que debe darse en la escuela de titularidad católica.

1 SAN JUAN PABLO II, Discurso a la asociación nacional de educadores católicos de Estados Unidos. (16-4-1978).

“Es necesario –para emplear las palabras de León XIII en *Militantis Ecclesiae*– no sólo que durante ciertas horas se enseñe a los jóvenes la religión, sino que es indispensable, además, que toda la formación restante exhale la fragancia de la piedad cristiana. Si esto falta, si este aliento sagrado no penetra y enfervoriza las almas de los maestros y de los discípulos, resultarán bien escasos los frutos de esta enseñanza, y frecuentemente se seguirán no leves daños»².

La escuela católica del S.XXI debe esforzarse en hacer comprender a las familias que la elijen para sus hijos cuál es su Misión específica. Debe “*comunicar a Cristo*”, sin estridencias, pero sin complejos, sin miedo a ser incomprendida por la sociedad, sin temor a ser incluso perseguida, y sobre todo, sin hacer otros cálculos que antepongan, por ejemplo, el número de alumnos a la búsqueda de su santidad. No permitamos, en palabras de Juan Bautista Chautard, que la acción humana en las obras de Dios acaben por ocultar al Dios de las obras³.

Me refiero nuevamente al discurso de apertura de este congreso para recuperar, en esta misma línea, lo que Monseñor Sarah nos ha dicho: “La educación está intrínsecamente ligada a la evangelización. (...) Lo que se juega en la educación es, por lo tanto, uno de los nudos de la vida cristiana: el encuentro entre la gracia divina y la naturaleza humana”.

Evangelización y libertad.

En España se reconoce el derecho a la “libertad de enseñanza”, a la “libertad de creación de centros docentes”, a educar a nuestros hijos para que “reciban una formación moral y religiosa acorde a sus propias convicciones”, derechos todos ellos protegidos por el Artículo 27 de nuestra constitución, entre otras leyes y normas nacionales e internacionales largas de citar aquí.

Esta protección legal, obliga moralmente a las escuelas católicas a comunicar a las familias nuestro ideario, nuestro carácter propio. Sólo después de darlo a conocer y ser aceptado libremente por las familias que nos elijen, podremos desarrollarlo en plenitud con sus hijos y exigir a los padres su respeto. No darlos a conocer, por acción o por omisión, puede perjudicar gravemente el ejercicio de la libertad de las familias en su proceso de elección y dificultar también nuestra determinación en su desarrollo.

En el otro extremo, para los que son conscientes del mismo, no desplegar nuestros idearios en la acción educativa diaria, en toda su

2 PIO XI, *Divini Ilius Magistri* n° 65 (31-12-1929).

3 JEAN BAPTISTE CHAUTARD. *El alma de todo apostolado*.

profundidad e integridad puede llegar a lesionar la confianza de aquellas familias que hayan elegido nuestros centros precisamente por él. Unos, los no informados, por ignorancia, y otros, los informados, por omisión, podrían quejarse legítimamente de haber recibido de nuestro centro una suerte de “publicidad engañosa”.

Tenemos todo el derecho de ofrecer a las familias una propuesta claramente evangelizadora, que proponga en el conjunto de sus acciones educativas y formativas un mayor conocimiento –que en muchos casos podrá ser un descubrimiento– de la persona de Jesús.

La igualdad de oportunidades y la libertad de acceso al centro educativo por parte de las familias es la clave para que nosotros podamos ejercer nuestro derecho a ofrecer para quien la quiera una escuela de ideario católico.

Teniendo claro que el contexto de la escuela del S.XXI es muy diferente al de otros tiempos –no tan lejanos– conociendo la situación de las familias, siendo conscientes de la descristianización de nuestra sociedad, propongo para su posterior debate las que a mi juicio son las tres claves de la escuela católica del S.XXI

¿Claves de la escuela católica del S.XXI?

1.- La escuela católica del S.XXI debe ser radical. Radical en el sentido etimológico del término, porque radical viene de *radix*, de raíz, de aquello que se refiere a lo fundamental, a lo esencial. Nada tiene que ver por tanto esta afección del término con la de extremista. Una persona o una institución radical, desde este punto de vista original –de origen– es alguien que busca en la profundidad, a veces en lo escondido, la raíz, la esencia de aquello que contempla, estudia o desarrolla.

Ya hemos visto antes en palabras de San Juan Pablo II que él cifraba la esencia, la raíz, de la escuela católica en la comunicación de Cristo. La raíz por tanto consiste en comunicar a Cristo porque Cristo no es un qué, es un Quién, es una persona que está viva y que la escuela católica tiene la vocación, la llamada, de comunicar a sus alumnos. Sigue diciendo el papa Magno: “*Sí, se trata ante todo de comunicar a Cristo y ayudar a que su Evangelio ennoblecedor eche raíces en el corazón de los alumnos. Por ello, sed fuertes al perseguir estos objetivos. La causa de la educación católica es la causa de Jesucristo y de su Evangelio al servicio del hombre*”⁴.

4 SAN JUAN PABLO II, Discurso a la asociación nacional de educadores católicos de Estados Unidos. (16-4-1978).

En la persona de Jesucristo residen las dos naturalezas, la divina –es el hijo de Dios–, y la humana, –es verdadero hombre–, el modelo de hombre perfecto. Él por lo tanto es el Camino para conocer al Padre, pero también el único modelo antropológico de la escuela católica. “*Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre*”⁵, nos dice Juan Pablo II en su primera encíclica “*Redemptor Hominis*”.

Esta es la razón de fondo, por la que todas las ideologías que contradigan o atenten contra este modelo antropológico deben chocar con las puertas cerradas de la escuela católica. Pienso de manera particular en la ideología de género, la cual –en palabras del papa Francisco– constituye una “colonización ideológica igualitaria” que “niega la diferencia y la reciprocidad natural de hombre y de mujer. Esta presenta una sociedad sin diferencias de sexo, y vacía el fundamento antropológico de la familia”⁶. Pero no sólo esta ideología está a las puertas de nuestras familias y escuelas, en el siglo XXI tendremos que lidiar también con la llegada del transhumanismo y el posthumanismo y contrastar nuevamente sus cantos de sirena para el hombre con nuestro modelo de hombre, Cristo Jesús.

Esta radicalidad, ordena también la escala de valores de los centros. Cristo es la raíz, el centro, es la piedra que desecharon los arquitectos, la clave de bóveda de todo el edificio educativo. En el día a día de la actividad escolar, como en tantas otras de la vida, son muchas las ocasiones en que debemos elegir entre unas y otras, sin poder atender todas las que nos parecen necesarias. A veces incluso se presentan unas como contrarias de las otras. La centralidad en Cristo es la referencia para ordenar de manera segura esas prioridades, iluminando así el día a día de nuestra labor educativa y administrativa. Así se construye también, día a día, una escuela católica.

2.- La escuela católica del S.XXI debe ser apostólica. Supone un contrasentido concebir una escuela católica que no sea a la vez apostólica. Y la clave de este apostolado reside en los maestros. Haríamos bien en la escuela católica si recuperásemos este término también para las etapas de secundaria y de la enseñanza superior.

El Maestro de maestros, la persona de Cristo con su Corazón palpitante, vivo, deseoso de encontrarse con todos los alumnos de la escuela y con sus familias, necesita hallar en ella maestros que le conozcan, que le traten diariamente, que tengan una relación íntima con Él, que le amen profundamente y que estén deseosos de darle a conocer.

5 SAN JUAN PABLO II. *Redemptor Hominis* n. 10 (4-03-1979).

6 PAPA FRANCISCO. *Amoris Laetitia* n° 56 (19-03-2016).

Y es que cualquier labor educativa requerirá siempre de un maestro. Todo alumno presupone un docente, todo discípulo presupone un maestro. Son los maestros, los docentes, quienes han sido vocacionados, es decir llamados, a desarrollar esta labor de enseñar a sus alumnos lo que ellos saben.

En las ciencias y las humanidades, en todas las asignaturas que enseña, el maestro conoce más que el alumno. No existe entre el profesor –el maestro– y el alumno, una relación de igual a igual en el plano del conocimiento. Es una relación claramente jerarquizada, desigual, uno sabe y el otro no, de lo contrario, no tendría sentido la relación docente. Algo que resulta sencillo de comprender en la dimensión humana, racional y educativa, es cuestionado en la dimensión espiritual de la persona. Muchas veces escuchamos a familias que lógicamente eligen todo por sus hijos en el plano natural, dejan “a criterio de sus hijos para cuando sean mayores” todas las decisiones de orden sobrenatural. También en ese ámbito y fundamentalmente en el seno de la escuela católica, el maestro debe ser referencia segura para el alumno.

En muchas ocasiones será un refuerzo, desde la escuela, de la vida de fe alumbrada en las familias y quizá vivida en la parroquia, pero en no pocas ocasiones y con carácter creciente, deberá constituirse en cauce de primer anuncio como veíamos al principio. ¿Cómo puede configurarse una escuela en esta clave si sus maestros no son apóstoles?, ¿cómo hacer un primer anuncio de Aquel a quien no se conoce?

De la misma manera que no se puede hablar de una escuela católica si ésta no sitúa a Cristo en el centro de su acción, no podemos hablar de una escuela apostólica si sus maestros no son apóstoles. Y no nos referimos sólo al profesor de Religión, a quien los alumnos ya presuponen su fe, sino fundamentalmente, y precisamente por eso, a todos los demás.

De esta forma tan bella y firme a la vez se expresaba Pio XI en la Carta Encíclica sobre la educación cristiana de la juventud *Divini Illius Magistri* “*La eficacia de la escuela depende más de los buenos maestros que de una sana legislación. Los maestros (...) deben estar dotados de las cualidades intelectuales y morales exigidas por su trascendental oficio, ardiendo en un puro y divino amor hacia los jóvenes a ellos confiados, precisamente porque aman a Jesucristo y a su Iglesia*”⁷.

Qué buen maestro sería San Pablo “*¿Ay de mí si no evangelizara! Si lo hiciera por propia iniciativa, tendría recompensa; pero si lo hago por mandato, cumplo una misión encomendada*” (1 Co 9; 16). En estas palabras

7 PIO XI, *Divini Illius Magistri* n.74 (31-12-1929).

de Pablo, deberían reconocerse todos nuestros maestros, sin excepción y sin matices.

La sociedad descristianizada dificulta la escucha de todo tipo de vocaciones y la del maestro católico no lo es menos. Sin embargo, los responsables de las escuelas católicas no debemos dar por perdida esta batalla, no podemos abdicar de esta responsabilidad en la que nos jugamos los frutos de la Misión específica de la escuela católica. También a los maestros católicos puede aplicárseles el dicho del divino Maestro “La mies es mucha, pero los obreros pocos, Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies”. (Mt 9,37).

Los responsables de las instituciones que son titulares de escuelas católicas deben saber que, en palabras de la *Gravissimum educationis* que “*de ellos, de los maestros, depende, sobre todo, el que la escuela católica pueda llevar a efecto sus propósitos y sus principios*”⁸.

3.- La escuela católica del S.XXI debe ser testimonial. Como conclusión lógica de una escuela radical –centrada en Cristo– y apostólica encontraremos siempre una escuela testimonial. Si la escuela está transida de espíritu apostólico, entonces la escuela es testimonial, y por tanto está dispuesta a dar testimonio de su fe en la vida pública. Dar testimonio, como instituciones, y cada de uno de sus miembros como personas.

Así lo recuerda a los maestros el documento del concilio dedicado a la educación “*Unidos entre sí y con los alumnos por la caridad, y llenos del espíritu apostólico, den testimonio, tanto con su vida como con su doctrina, del único Maestro Cristo*”.

Tuve la fortuna de participar en el encuentro de jóvenes de todo el mundo, reunidos en Roma que colaboró en los trabajos de preparación del Sínodo de los Jóvenes. En una de las conclusiones que ellos mismos expresaron y que quedó escrita en el *Instrumentum Laboris* del Sínodo, decían lo siguiente: “*Muchos de nosotros tenemos un gran deseo de conocer a Jesús, por ello recalcamos que queremos testigos auténticos, hombres y mujeres que expresen con su pasión y su fe su relación con Jesús y, al mismo tiempo, que animen a otros a acercarse, encontrarse y enamorarse de Él,*”

Testigos dentro y también fuera. Debe dar también testimonio público, reivindicar con fuerza su Misión, su papel en la sociedad. El alimento de su radicalidad en Cristo y su misión apostólica desembocará en el testimonio público de su fe.

8 *Gravissimum educationis*. N° 8.

Determinadas ideologías de tinte totalitario pretenden convertir la escuela pública en un modelo único, laico y de titularidad estatal, arrinconado al resto de escuelas públicas de titularidad social y muy particularmente a las de titularidad católica en anomalías del sistema, en reminiscencias de un pasado ya superado.

Es aquí donde se convierte en particularmente valioso el testimonio de escuelas que deben estar dispuestas a “derramar su sangre” para defender la verdad.

Es por ello que la escuela católica ofrece también un marco de protección a las familias ante estas ideologías antihumanas que, según nuestros propios criterios, amenazan la sana formación de las conciencias de nuestros hijos. El ambiente de salvaguarda educativa que una escuela tal genera, hace que las propias familias se conviertan también en testigos públicos de una comunidad educativa que por amor, cuida y protege con valentía a sus hijos y exige libertad para poder seguir haciéndolo en igualdad de oportunidades que el resto.

Es la hora de la esperanza

La escuela católica como agente de evangelización, como nuevo agente del primer anuncio para muchos de sus alumnos, no puede perder de vista estos tres elementos constitutivos de su misión: Cristo como raíz y centro del proyecto educativo, los maestros, ¡todos ellos!, como apóstoles de Jesús y toda la comunidad educativa como testigos de Jesucristo y de su Evangelio en medio de un mundo postcristiano.

Son tiempos recios para la escuela católica. Tiempos de prueba, tiempos también de renovación, tiempos apasionantes y en cualquier caso tiempos de esperanza. Tanto las instituciones más antiguas como las más recientes, de religiosos o de laicos, cada uno desarrollando su propia vocación y estilo propio, tenemos sin embargo la misión conjunta de renovar, de revitalizar la escuela católica para que en el siglo XXI sea verdaderamente fiel a la Misión que la Iglesia nos encomienda.

Soy testigo de este momento de resurgimiento en el que humildemente también nosotros estamos contribuyendo; de nuevas y renovadas iniciativas laicales y religiosas, de las que nos hubiera gustado tener una representación aún mayor en este espacio, imposible por falta de tiempo.

La propia Conferencia Episcopal Española, es consciente de este momento cuando afirma *“En medio de esta situación muchas comunidades educativas han logrado generar un ambiente de trabajo positivo, donde toda la comunidad se implica en su propio proyecto educativo, no exento de dificultades. Son comunidades educativas que han asumido su propio proyecto educativo a la luz de su ideario y lo han llevado a la práctica en la vida diaria de su colegio. A la vez, nuevas experiencias educativas se están plasmando en la creación de colegios, de inspiración cristiana y proyecto educativo católico, que están generando expectativas positivas para la educación católica. Son realidades y signos de responsabilidad y de esperanza.”*⁹.

Quiero transmitirles esta pasión, estas ganas, este coraje de luchar por la escuela católica como cauce privilegiado de evangelización y espacio inviolable de libertad en el S.XXI.

Y quiero terminar como empecé, con palabras del papa Francisco, en su discurso ante la Fundación *Gravissimum Educationis* *“La expectativa a la que la educación está llamada a responder y que indiqué en la Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium es no nos dejemos robar la esperanza (...) Solo si se cambia la educación se puede cambiar el mundo”*¹⁰.

Muchas gracias.

Juan Carlos Corvera había iniciado el taller “Escuela católica: libertad y evangelización en el siglo XXI” correspondiente al Congreso Católicos y Vida Pública, pero había que desarrollar esas claves de radicalidad, apostolado y testimonio.

Sofía López Romo: testimonio de una conversión en la escuela

Gustó y mucho, precisamente, el testimonio de Sofía López Romo. La exalumna del colegio Juan Pablo II de Alcorcón explicó los diferentes pasos que le llevaron a encontrar a Cristo y acoger la fe gracias a su estancia en la escuela católica.

La suya no fue una conversión radical, sino gradual. Sofía, que se matriculó en el colegio para cursar los dos años de Bachillerato, comentó sus primeras impresiones. Cómo la primera vez que asistió a Misa con motivo de la Consagración al Corazón de Jesús le sorprendió que todo el

9 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA La Escuela Católica, 9b (27 de abril de 2007).

10 PAPA FRANCISCO. Discurso ante la fundación Gravissimum Educationis. (25 de junio de 2018).

mundo se arrodillara. Dado que no estaba acostumbraba, este hecho le asustó. Llegó a pensar que aquello se parecía a una secta.

Desde entonces Sofía se decidió a rebatir las ideas de sus compañeros. El problema es que éstos le daban argumentos a los que no sabía qué responder. Poco a poco –así lo reconocía la propia Sofía– empezó a comprender que eran ellos quienes tenían razón.

Sofía destacaba cómo un hecho que cambió su manera de ver las cosas, fue ver cada día la alegría y la felicidad en la que vivían sus compañeros. Había algo en aquella felicidad que ella no tenía. Fue eso precisamente lo que le llevó a preguntarse sobre cuestiones que nunca antes se había planteado. Poco a poco Sofía fue venciendo sus resistencias iniciales y comenzó a participar en convivencias, peregrinaciones, acciones de voluntariado en favor de los más desfavorecidos... Lo cierto es que cada vez se fue sintiendo más a gusto.

A partir de ahí llegó la confesión, algo que –reconoció Sofía– no había hecho desde su comunión, más adelante llegaría la eucaristía, así como otras experiencias que le facilitaron el encuentro con la Verdad. Sofía empezó a darse cuenta de que, en contra de lo que había pensado siempre, Dios existe. “Me sentí culpable porque durante 17 años me había dedicado a criticarle, lo tenía abandonado”.

Pero si impresionante resultó escuchar de su propia boca su encuentro con Cristo, no menos impactante fue saber que su conversión produjo un cambio radical en su familia. “Mi familia -señalaba Sofía- No estaba muy cerca de Dios”. Sofía hablaba con ellos y les explicaba cómo su vida estaba cambiando para bien. Desde entonces hasta hoy “en mi casa han cambiado un montón las cosas y se nota la presencia del Señor”.

Y todo gracias a un colegio donde “no están solamente los profesores y alumnos, sino que también están las familias y Dios”.

María Carbonell: instrumentos para una evangelización

Carbonell, directora ejecutiva de la fundación diocesana de los Santos Mártires de Córdoba, desarrolló la clave de radicalidad introducida por Corvera. La fundación que dirige Carbonell es otra de esas realidades que abre corazones cada día.

María comenzó su exposición refiriéndose a la escuela católica como “cultura de empresa”. Si muchas empresas hacen de su vestimenta cultura de empresa, ¿por qué no la escuela católica con el catolicismo? En su opinión, debemos detenernos a pensar. “Los colegios de ideario católico tenemos que reconocer qué es lo que somos. Estamos defendiendo y

proponiendo que haya libertad, que los padres tengan libertad de elección. Ahora bien, ¿qué libertad? La libertad de elegir entre diferentes”.

“Si hacemos exactamente lo mismo que hace la pública o exactamente lo mismo que hacen los demás, –reflexionaba Carbonell– no hay dónde elegir. No hay cómo defender ese pago delegado para nuestros docentes. A juicio de la directora ejecutiva, si los colegios católicos no defienden en realidad un ideario católico, se quedan fuera, porque no tienen rostro. Para María Carbonell, “hay que ser instrumento, y hay que ser apóstoles” “[...] Somos lo que somos y si no lo somos, es que no tenemos un ideario católico”.

Hay que propiciar el encuentro, hay que dialogar con Cristo, hay que escuchar su llamada y hay que seguir su llamada siempre desde la libertad. “Nosotros soñamos la grandeza de nuestros alumnos y les deseamos la felicidad. ¿Qué es lo que nos encontramos con eso? Que entonces surge la pregunta, ¿tu misión es educar, hacer apostolado o adoctrinar?

La respuesta, a su entender es nítida: “yo a lo que me dedico es a educar, pero educar personas. Yo no me limito a educar a futuros profesionales, aunque eso forma parte de educar personas”. Educamos a la persona según el modelo antropológico de Cristo.

Lo que le estamos diciendo a cada alumno es que es digno, que tiene la dignidad de hijo de Dios, desde el momento de la concepción y hasta el momento natural de la muerte.

Asimismo, Carbonell hizo alusión a los complejos de los que es necesario desprenderse. “Hay tanto que se soluciona si nos lo creemos, ¿nos van a hablar a nosotros de inclusión?, ¿nos van a hablar de discriminación? Es una historia vieja y un sambenito que nos han colgado. “Por nuestros miedos y por nuestra falta de reflexión hemos dejado que nos ataquen con semejante calumnia. Paremos, reflexionemos, decidamos qué es lo que somos y actuemos en consecuencia”.

En una intervención que fue brillante en todo momento y que logró conectar desde el primer instante con el público que llenaba la sala de la Universidad CEU San Pablo, María Carbonell destacó que la enseñanza que debemos impartir ha de ser personalizadora, según el modelo de Cristo, que es el hombre perfecto.

Juan Antonio Perteguer: testimonio público en el siglo XXI

Juan Antonio Perteguer, director del colegio Edith Stein de Orcasitas, quiso aterrizar la teoría evangelizadora glosando experiencias vividas en primera persona en su propio centro.

Como presentación explicó que el colegio se encuentra en el barrio de Orcasitas, perteneciente al distrito de Usera. Nació bajo la advocación de Edith Stein, una mujer judía que, buscando la Verdad, encuentra a Cristo. Salvo algunas excepciones que realizan más de 20 kms diarios llamados por el ideario, lo normal es que las familias que asisten al centro lo hagan en atención a la cercanía.

La primera experiencia hacía alusión al testimonio de Francisco, un profesor que recuperó su fe perdida al ver el cariño con el que los profesores trataban a los alumnos. Perteguer resaltó que este profesor aseguraba haber perdido la fe en un colegio católicos, concretamente en uno de esos colegios “muy católicos”. Él le contestó que, o bien el colegio católico no era tan católico, o quizás él no fuera tan católico como daba a entender. Perteguer le sugirió que realizase las prácticas, que hiciese el bien, y ya Dios dirá.

Cuatro meses después el profesor reconocía el error. Reconoció que la culpa no era del centro, sino suya. Confesó que en el Edith Stein había recuperado la fe. ¿Cómo? “Simplemente he visto el amor con el que aquí tratan a los niños”.

Tras esta primera historia, Juan Antonio Perteguer narró una segunda experiencia en la que explicó cómo en ocasiones los mismos católicos no nos damos cuenta de lo fundamental: que Dios actúa. Pues nosotros somos meros instrumentos, siervos inútiles.

Por último, demostrando que el amor de Dios no ha de conocer fronteras, Perteguer glosó la historia de una alumna musulmana. La experiencia se había producido el año pasado. La madre le dijo: “hay algo en lo que yo personalmente no estoy de acuerdo con ustedes y es que mi hija, todas las noches toma una estampa de la Virgen María que ustedes le han dado, y reza tres Avemarías”

Cuando el director le preguntó a su madre la razón de que trajera a su hija a un colegio católico profesando otra fe, ésta le respondió: “yo tengo fe, y me han dicho que aquí tienen fe. Como lo más importante es Dios, sé que aquí le van a querer y cuidar”. A día de hoy, la niña sigue rezando tres Avemarías y es una de las alumnas que más frecuenta la capilla.

Estas y otras historias protagonizaron la intervención de Perteguer en una tarde noche que alumbró mucha esperanza para todos.

El padre Ángel, capellán del colegio, finalizó esta primera sesión con la bendición.

La pluralidad de una mesa redonda que polemizó cuanto se esperaba de ella

Si el día anterior el taller había estado protagonizado por las ponencias, la segunda jornada, celebrada el 16 de noviembre, centraba sus esfuerzos en debatir sobre las comunicaciones dirigidas al taller en las semanas previas.

La Fundación Educatio Servanda quiso que la pluralidad presidiera también esta sesión. Con dicho propósito organizó una mesa redonda integrada por destacados representantes de distintas instancias educativas.

Mercedes Méndez –responsable de Pastoral de Escuelas Católicas–, José Luis Fernández Santillana –director de Estudios de Unión Sindical Obrera–, Juan Ramón de la Serna –director de los colegios J.H. Newmann y G. Nicoli– y Teresa López –subdirectora del colegio Juan Pablo II de Alorcón– debatieron sobre la libertad educativa en esta mesa redonda que fue coordinada por Óscar Rivas, director de comunicación de Educatio Servanda.

Celaá encendió el debate

La sesión destacó desde el minuto uno por la permanente interacción entre los componentes de la mesa redonda y el público que, al igual que sucediera en la jornada anterior, completaba el espacio asignado por la organización.

No fue difícil encender el debate. El pistoletazo de salida los dieron las polémicas declaraciones pronunciadas por la ministra de Educación en funciones, Isabel Celaá. Recordamos que dos días antes la ministra de Educación había negado que el derecho de los padres a elegir el centro de sus hijos mereciera el amparo de la Carta Magna.

Muy oportuna en ese sentido resultó, por tanto, la primera comunicación, toda vez que su autor, Pedro Castro, aludía precisamente al artículo 27 de la CE y al perjuicio ocasionado por unos partidos políticos que han hecho imposible el pacto educativo.

Meritorias comunicaciones

El extraordinario diálogo e interacciones que se generaron entre tertulianos y un público que manifestó una intensa voluntad participativa, no hubiera sido posible sin las comunicaciones. Agradecemos a sus autores los extraordinarios méritos exhibidos en todas ellas:

Pedro Castro: “Libertad de enseñanza y derecho a la educación”

José Luis Fernández Santillana: “La educación, derecho fundamental, derecho a educar y ser educado, ¿por quién?”

Juan A. García Soto: “Nuevos retos de los católicos para la F.P. y educación universitaria”

Javier Peña Vázquez: “El Evangelio, escuela de juventud. El regalo de Dios”

Francisco Rico Pérez: “Soledad del Padre Ayala y Universidad libre”

Ana Sánchez- Sierra Sánchez: “El mito de la educación neutral: imagine no religión”